

cultura|s

La promesa que cuajó
Se publican
las narraciones de
Anna Dodas **P.4**

Hibernación neoyorquina
La escritura
provocativa de
Ottesa Moshfegh **P.7**

Espectáculo Bermejo
El MNAC expone
la restaurada
'Pietat desplà' **P.12**

La filósofa
barcelonesa
recapitula
su trayectoria **P.20**

Victoria Camps
en pos de
la felicidad



Ilustración
Sonia Pulido

VICTORIA CAMPS

“El compromiso ético es siempre subversivo”

ALBERT LLADÓ

Son muchos los grandes temas de la filosofía que Victoria Camps (Barcelona, 1941) ha abordado a lo largo de su trayectoria, desde el temprano interés por la religión, pasando por la filosofía del lenguaje, hasta llegar a todas las vertientes de la ética. Catedrática de la Universitat Autònoma de Barcelona, ha sido reconocida, entre otros muchos galardones, con el premio Internacional Menéndez Pelayo y con el premio Nacional de Ensayo. Aprovechamos la publicación de su último libro, *La búsqueda de la felicidad*, para conversar sobre una vida dedicada al pensamiento práctico.

Su padre fallece demasiado pronto. Eso le obliga a compaginar la carrera de Filosofía con el trabajo de administrativa en una empresa de transportes.

Me pasaba las tardes haciendo albaranes y facturas. Eso me ayudó a tener una visión práctica de las cosas.

En la Universitat de Barcelona coincide con profesores como José María Valverde o Francesc Gomá.

Sí, ambos eran magníficos profesores. También tuve a Francesc Canals, que era de un pensamiento muy reaccionario, pero que nos dio una clase sobre Kant excelente. La recuerdo perfectamente. Nos habló sobre *La crítica de la razón pura*. En aquella época también me influyó mucho Manuel Sacristán, aunque no daba clases en la facultad.

Es Alfonso Álvarez Bolado quien le propone ser su ayudante. Sí, justo al acabar la carrera. Casi ni

Conversamos con la filósofa para repasar su trayectoria y para hablar de su último libro, ‘La búsqueda de la felicidad’

se cobraba. Luego me casé, y pasé un año en Estados Unidos. Fue al volver cuando me incorporé a la Universitat Autònoma, que se estaba creando en ese momento. Es así como inicié mi carrera académica.

Aunque ambos le influyeron intelectualmente, no es cierto, como se suele destacar, que sea discípula de José Luis López Aranguren y de José Ferrater Mora.

Exactamente. Me influyeron, pero no trabajábamos juntos. A Ferrater Mora lo conocí en Estados Unidos, y a partir de ahí tuvimos bastante contacto. Intercambiamos cartas. Surgió una buena amistad. López Aranguren estaba en Madrid, y fue importante porque fue de los primeros en poner en valor la filosofía práctica, la que trata la ética y la política, antes de que se convirtiera en un campo tan desarrollado como lo es actualmente.

De hecho, sus primeros intereses, centrados en la filosofía del lenguaje y la religión, poco tienen que ver con la ética.

Cuando estudiaba, el peor profesor que tuve fue el de ética (rie). Era una disciplina muy conectada a la sociología. Después comenzó a revitalizarse.

Hay un libro que le cambia todo. Es ‘Teoría de la justicia’, publicado por John Rawls en 1971.

Sí. Y es que la filosofía analítica era muy aburrida (rie). La parte práctica de la filosofía siempre me ha motivado más que la especulación metafísica. No soy nada metafísica. La utilidad de la filosofía se basa en preguntarnos por los problemas que tenemos hoy.

La UAB, en la que usted consigue plaza fija en 1979, se había creado años atrás para aportar una visión diferente. ¿Cómo ha evolucionado la universidad en las últimas décadas?

La Universitat Autònoma de Barcelona nace con el objetivo de establecer relaciones más igualitarias entre sus integrantes, intentando romper las diferencias jerárquicas entre profesor y alumno. El plan Maluquer fue buenísimo en el ámbito de las Humanidades porque el itinerario era muy optativo para el alumno, aunque luego no se mantuvo. Era una época en la que la universidad tenía un gran papel político.

Los hijos de los obreros empiezan a acceder los estudios universitarios.



Yo me sentía muy descolocada en un parlamento en el que lo que más importaba era lo que hacían los partidos. Yo estaba al margen de muchas consignas y de muchas discusiones que ni conocía. Es evidente que hay endogamia en los partidos. Hay intereses electoralistas que hacen muy difícil que el Parlamento, que es una de las instituciones que están más en crisis, mantenga la misma función que en sus inicios, la de debatir el bien común. Hay que recuperar la idea del interés común, incluso superando las diferencias ideológicas. Y no lo hemos conseguido.

Durante esa etapa, y después en el Consell Audiovisual de Catalunya, analiza el papel de la televisión como instrumento de socialización. Si una generación pasó de ver ‘La bola de cristal’ a ver las ‘Mama Chicho’, ¿dónde estamos ahora?

Ya no podemos hablar de televisión como tal. El formato ha cambiado por completo. Las generaciones más jóvenes verán más programas que canales. Pero uno de los grandes temas que sigue siendo objeto de debate es hasta qué punto es necesaria una televisión pública.

¿Y cómo ha de ser una televisión pública?

Tiene que ofrecer un servicio público de verdad. La BBC defiende que la televisión pública debe informar, entretener y educar.

¿Qué piensa cuando algunos partidos juegan con la idea de cerrar, liberalmente, TV3?

Es un claro ejemplo de populismo. Se quiere dar una respuesta simple a un problema complejo. La televisión pública en Catalunya ha tenido una función importante en la inmersión lingüística. Y ha hecho programas infantiles de bastante calidad. Pero no ha cumplido otras funciones. No se han escuchado todas las voces.

¿La libertad de expresión debe tener límites?

La libertad de expresión no puede limitarse desde afuera. Pero ha de limitarse desde dentro, desde el propio individuo, teniendo en cuenta el respeto a los demás.

Después de su etapa en el Senado, poco a poco, se va interesando cada vez más por la bioética. Hasta que, en el 2001, vuelve a Estados Unidos.

Fue el único año sabbático que tuve en toda mi carrera. Aproveché para conocer las mejores instituciones que se dedican a la bioética, sí, como el Hastings Center, de >



Victoria Camps
La búsqueda de la felicidad
ARPA EDICIONES
176 PÁGINAS. 17,90 EUROS

Victoria Camps, fotografiada recientemente en su casa en Sant Cugat
FOTO ANGELA SEIVA

“Mientras estudiaba me pasaba las tardes haciendo facturas. Me ayudó a tener una visión práctica de las cosas”

“Me sentía muy descolocada en un Parlamento en el que lo más importante era lo que hacían los partidos”

Sí, pero hasta cierto punto. Las políticas de becas eran aún muy deficientes. La igualdad tarda mucho en llegar a la universidad. Ahora podríamos decir lo mismo de los inmigrantes. Aún no llegan a la universidad en igualdad de condiciones.

Además de la vida académica, pronto comienza a tejer complicidades con otros intelectuales. Es el caso de Lorenzo Gomis y la revista ‘El Ciervo’.

Había una revista muy importante, que era *Triunfo*, donde también colaboré. Aunque es cierto que estuve más vinculada con *El Ciervo*. Siempre ha sido una publicación cristiana, y mi primera inmersión en el campo de la crítica de la religión me conectó mucho con Lo-

renzo Gomis, sí, pero también con Alfonso Carlos Comín. De hecho, publiqué *Los teólogos de la muerte de Dios* en la editorial que él codirigía, que era Nova Terra. Formaban parte de esa efervescencia cristiana que luego hizo de enlace con la teología de la liberación.

Entre 1993 y 1996 es elegida senadora, como candidata independiente, por el Partit dels Socialistes de Catalunya. Es entonces cuando se da cuenta de que el representante político está demasiado alejado del ciudadano.

Hoy somos mucho más conscientes de la brecha que existe entre los representantes y los representados. Y es una distancia que ha crecido, sobre todo, por el mal funcionamiento de los partidos políticos.

